

La memoria como eje de cambio social en la escuela

Memory as axis of social change in the school

Angélica María Valencia Murillo

Magíster en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social

Licenciada en Lingüística y Literatura

Docente de Lengua Castellana - Colegio Veinte de Julio IED

Secretaría de Educación de Bogotá (SED)

Correo electrónico: angel.val7@hotmail.com

Artículo de revisión

DOI: <http://dx.doi.org/10.15332/s2339-3688.2016.0002.01>

Fecha de recepción: mayo 15 de 2016 • Fecha de aprobación: agosto 4 de 2016

RESUMEN

Este artículo de revisión corresponde a la definición y relación que existe entre memoria e historia, contemplando los postulados de varios autores que comprenden los lugares en los que se ha inscrito y el reconocimiento de las características de la memoria individual y colectiva. La memoria ha sido un eje de trabajo que propende por el cambio social y la construcción de la memoria histórica, así como la apropiación conceptual y pragmática de una historia de las memorias, pues es necesario que la educación dignifique identidades y afiance esfuerzos de conocimiento sobre los reales acontecimientos que han trascendido a lo largo de la historia.

Palabras clave: memoria, historia, educación, cambio social.

ABSTRACT

This review article corresponds to the definition and relationship that exists between memory and history, contemplating the postulates of several authors who understand the places in which it has been enrolled and the recognition of the specific characteristics of individual and collective memory. Memory has been a line of work that aims for social change and the construction of the historical memory, as well as the conceptual and pragmatic appropriation of a history of the memories, because it is necessary that the education dignify identities and strengthen efforts of knowledge about the actual events that have transpired in the course of history.

Keywords: Memory, history, education, social change.

INTRODUCCIÓN

“No basta solo con la información, es necesario interpretar, argumentar y actuar frente a los hechos que han sucedido en una nación, empezando a formar redes más que sociales, humanas, que logren aunar conocimientos con acción ciudadana”.

ANGÉLICA VALENCIA

Hoy en día la escuela necesita cambios cruciales en su forma de enseñanza, precisa aprender a tener memoria, una memoria que refleje los acontecimientos de su cotidianidad y así mismo afiance saberes que evidencien vivencias de lo local a lo global. De esta manera, es importante reconocer que la escuela se debe acercar a hechos y realidades no solo circundantes al contexto educativo mediante sus saberes academicistas, sino también priorizar en aspectos que son relevantes para comprender qué pasa en el país en el que se vive, en las regiones, municipios, veredas, caseríos, entre otros territorios en donde existen formas de violencia que han repercutido en las vidas de las personas —masacres, desplazamiento forzado, torturas, desapariciones, entre otros—. Pues saber sobre este tipo de sucesos contribuye a

la formación ciudadana y crítica de los educandos y educadores, quienes son los encargados de conocer y llevar a cabo acciones que fomenten cambios sociales en nuestro país. De ahí la importancia de hablar sobre memoria en las instituciones educativas, de tener presente cuáles han sido los sucesos que han marcado nuestro país, comprender sus causas y consecuencias políticas, sociales, económicas y, sobre todo, humanas. Confrontando acontecimientos que surgen no solo en su entorno cercano, sino también en otros espacios, lugares, tiempos, momentos y han sido factores determinantes para conocer los horrores de un conflicto armado que deja huellas no solo en sus mentes, también en sus territorios.

Cuando el docente y los estudiantes establecen lazos comunicativos que conllevan a nuevas lecturas sobre lo que acontece no solo en su entorno cercano, sino también en los contextos globales, se enfoca en otras perspectivas de aprendizaje mediados por procesos que van más allá de la simple transmisión del conocimiento, es decir, propenden por la reformulación de planes de acción desde el ser y el hacer, no solo como parte de una comunidad educativa sino como parte de una nación.

Es así como una historia de las memorias es lo que necesita la educación en un país como el nuestro, un país que ha dejado de lado sus raíces ancestrales con tal de parecerse a otro mundo que desangra la tierra y esclaviza los pueblos.

COMPRENDIENDO LA MEMORIA

Es de gran interés abordar el concepto de memoria desde la naturaleza que adjudican varios autores, pues en el devenir de sus palabras se amplían los lazos necesarios para repensar la escuela y sus avatares diarios en cuanto a este tema, así mismo identificar las pugnas constantes y los puntos de encuentro entre la memoria y la historia. Una de las labores fundamentales y que atañe a centrar el objetivo de este artículo, es la de evidenciar que la memoria histórica no solo hace uso de la historia como registro de acontecimientos, sino que también atiende a la memoria como construcción social.

Ahora bien, apelando al concepto de memoria, esta es una capacidad que le permite al ser humano conservar y recordar hechos pasados, también permite la experiencia

de reminiscencias que se hace de algo que ya ocurrió o la exhibición de algunos hechos en torno a una cuestión determinada. Moliner (1998), citado por Jelin (2001), definiría “la memoria como la facultad psíquica con la que se recuerda o la capacidad, mayor o menor, para recordar (retener cosas en la mente)” (p. 318).

La memoria juega un papel fundamental en todas las sociedades, propendiendo por instaurar en la mente de las personas determinados lugares y tiempos propicios para identificarse con una cultura, sus tradiciones, actividades, rutinas, entre otras labores que fomentan la individualidad, pero también la identidad del ser humano en relación con el otro —los otros—.

De acuerdo con la anterior explicación, la memoria tiene un papel fundamental en los saberes que el ser humano necesita comprender y explicar, puesto que al hablar de memoria nos referimos a los procesos de remembranza, de ubicarnos en un pasado desde el presente, acudiendo en ocasiones a los diversos conocimientos que han adquirido las personas en relación con múltiples acontecimientos, a los procesos de archivación de diferentes fuentes, ya sean primarias o secundarias, para poder dar repuesta a aquellos sucesos que en un momento determinado han marcado parte de nuestra historia y siguen siendo vivenciados a partir de la recolección oral, escrita o simbólica. Henry Rousso (2002), en su artículo *El estatuto del olvido* comenta:

Ya sea individual o colectiva, la memoria significa la presencia del pasado, una presencia viva, activa, cuyo soporte lo constituyen las personas, esto es el lenguaje y no simplemente una huella material, el procedimiento conforme al cual opera la memoria es complejo, pues articula recuerdos y olvidos, lo consciente y lo inconsciente, la parte que aceptamos y asumimos del pasado, como también aquella que negamos y mantenemos oculta, en otras palabras, la memoria no es todo el pasado, la porción de él que sigue viviendo en nosotros se nutre siempre de las representaciones y preocupaciones del presente, constituye sin embargo toda esa parte del pasado que sigue viviendo en nosotros sea gracias a la experiencia directa, vivida o bien como el futuro de una transmisión familiar, social o política. (p. 87)

Para Pierre Nora (1998), citado por Clarie y Halbwachs (1998):

La “memoria” remite así a todas las formas de la *presencia del pasado* que aseguran la identidad de los grupos sociales y especialmente de la nación. No es historia, por lo tanto, en cuanto esta tiende a la inteligibilidad del pasado, y tampoco es, propiamente hablando, *recuerdo*: es economía general y administración del pasado en el presente. (p. 51)

De esta forma ella se encarga de la evocación del pasado, con el fin de permanecer como un ente vivo en las identidades humanas, tal como lo indica Halbwachs (2004), “lo propone al decir que ser es recordar. Por el recuerdo nos es dado trazar continuidad en la experiencia y dotarnos de identidad” (p. 68), reconociendo múltiples facetas de su acción en el presente y convirtiéndose en elemento necesario para constituir sociedades.

UNA HISTORIA DE LAS MEMORIAS

En la mitología de la antigua Grecia, Mnemósine representaba la memoria, era una títánide que forjaba quizás con sus herramientas o sencillamente con sus recuerdos el lenguaje, las palabras y las acciones. Hija de Gea y de Urano, mantenía un lazo supremamente armonioso con el tiempo y la tierra. Al unirse con Zeus durante nueve noches consecutivas, procreó a las nueve musas, quienes eran las encargadas de contar a través de sus artes lo que sería el orden del universo. Entre estas musas, Clío llevaría consigo la historia —algunos artistas la imaginarían con una corona de laureles, un libro o un pergamino, una tablilla, un pequeño punzón y un cisne, para otros, sería representada por un rollo o pergamino y una trompeta, como quien tiene la labor de llevar consigo el relato desde el inicio de los tiempos—.

Es así como los relatos mitológicos cobran vida también con el avance del tiempo y de la creación literaria, que más allá de plasmar la curiosidad del ser humano por dar respuesta a todo lo que sucedía a su alrededor, también encuentra la manera de hacer remembranzas que se instauren en el presente a través de quienes han vivido los relatos y los registran en sus formas de supervivencia para contarlos y recrearlos. La forma en que Mnemósine y Clío aparecen en un relato antiguo, evoca la trascendencia de ellas

hasta nuestros días, puesto que la memoria y la historia pueden ser abordadas desde diferentes lugares de encuentro, desafíos y batallas.

Al hablar con respecto a este tipo de narraciones que nos incitan a seguir la evocación, la remembranza y el recuerdo, es pertinente entablar un diálogo con la necesidad natural e innata del ser humano de crear historias en torno a los acontecimientos, para este caso historias o relatos míticos que encuentren un consenso entre los hechos ocurridos y los que realmente sucedieron. Al hablar de Mnemósine como la memoria, y a la vez madre de Clío, la historia, hay que resaltar la experiencia de la una sobre la otra. La primera lleva consigo los recuerdos, es lenguaje creador y vivificante, ha hecho presencia desde el todo y la nada; la segunda tiene consigo la misión de dar a conocer los relatos que ya pasaron y que establecen el orden en el universo, en el mundo. Sin embargo, ambas se necesitan, ambas confluyen en momentos y eventos, la memoria en un tiempo cíclico, la historia en un tiempo sincrónico; la memoria en múltiples espacios, la historia en diversos lugares.

Aunque para algunos autores las diferencias entre ellas persisten, Pierre Nora (1984) en su texto *Entre memoria e historia, la problemática de los lugares*, hace referencia a los puntos de desencuentro entre una y otra:

Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos consciencia de que todo las opone. La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes y a este título, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción, siempre un lazo vívido en presente eterno; la historia, una representación del pasado. Porque es afectiva y mágica, la memoria solo se acomoda de detalles que la reconfortan; ella se alimenta de recuerdos vagos, globales o flotantes, particulares o simbólicos sensible a todas las transferencias, pantallas, cesura o proyecciones. La historia, como operación intelectual y laica, utiliza análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo desaloja, siempre procesa. La memoria sorda de un grupo que ella suelda, lo que quiere decir, como lo hizo Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos; que ella es

por naturaleza múltiple y desmultiplicable, colectiva, plural e individualizable. La historia, al contrario, pertenece a todos y a nadie, lo que le da la vocación universal. La memoria tiene su raíz en lo concreto, en el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. La historia solo se ata a las continuidades temporales, a las evoluciones y a las relaciones entre las cosas. La memoria es un absoluto y la historia solo conoce lo relativo. (pp. 2-3)

Y tal vez debería ser así, porque con el paso del tiempo y de los eventos, la historia pareciera haber absorbido a la memoria, invirtiendo los papeles cuando la humanidad ya no sintió la necesidad de lo mítico, pero sí de lo científico, de lo comprobable, de *los datos duros*, lo fático, la existencia de pruebas materiales de que algo ocurrió, es decir, desechó la subjetividad y en consecuencia también excluyó la memoria. Al parecer *los datos blandos*, que privilegian las narrativas subjetivas de la memoria debieron ponerse a la orden de la historia, identificando la memoria con la *historia* (Jelin, 2001).

Lo que llamamos memoria es en realidad, la constitución gigantesca y vertiginosa del stock material de aquello que es imposible que recordemos. La “memoria de papel” de la que hablaba Leibniz se convirtió en una institución autónoma de museos, bibliotecas, depósitos y centros de documentación, bancos de datos (...) a medida que desaparece la memoria tradicional, sentimos que debemos acumular religiosamente vestigios testimonios, documentos, imágenes, discursos, signos visibles de lo que fue, como si este catálogo cada vez más prolífico debiera transformarse en una prueba para no se sabe qué tribunal de la historia. (Nora, 1984, p. 7)

Pareciera que una vez más el ser humano recrea una guerra mítica declarada entre Clío y Mnemósine, como si madre e hija tuvieran que luchar por sobrevivir. Pero, ¿qué sucedería si ambas pudieran coexistir, no como titánide contra musa sino como trascendencia y permanencia?

Trascendencia del relato que se va forjando desde la individualidad del ser humano en correlación con la individualidad de otros seres, de esta manera el relato cobra vida y se convierte en los hechos que ocurrieron de una u otra forma en un contexto determinado. Es valiosa dicha trascendencia cuando a través de la ilación de las

narraciones particulares y específicas, se llega a obtener un relato colectivo, una especie de macroestructura que viene a reforzar esas formas particulares de contar, para converger en una narrativa mayor que contiene elementos que se han configurado desde diferentes formas de evocar, pero que conlleva necesariamente consigo un lugar y un tiempo determinado que necesita ser resaltado con el fin de comprender el porqué de estos relatos, de dónde surgen, qué necesidad hay de recordarlos y cuál es su finalidad, es así como el concepto de memoria colectiva conquista un marco de referencia gracias a los actores involucrados en la gran narración que surge después de escuchar y plasmar en el lenguaje, en la palabra, el símbolo, el acontecimiento que se vuelve acción. Pues de nuevo ha traído el pasado que necesita salir a luz, un pasado que es permanencia y se vuelve historia.

Halbwachs (1980), citado por Ramos Torres (1989) “propone que esa memoria que proporciona fijeza y estabilidad a la experiencia hay que concebirla como una memoria colectiva” (p. 68). Bajo el análisis que hace Ramón Ramos Torres (1989) sobre la obra de Halbwachs y la memoria colectiva, se encuentran varios puntos de análisis en torno a dicha memoria como construcción social del pasado.

El primer punto es el de la comunicación como vínculo de interrelación, puesto que, en las remembranzas de las personas, se da la posibilidad de dar a conocer qué sucedió, plasmando así el encuentro de sus voces que han permanecido silenciadas o quizás olvidadas y que han necesitado de la intermediación del lenguaje como poder de acción para sacar a flote sus experiencias, como indica Torres Ramos (1989), “la marca social genera recuerdo” (p. 70).

El segundo punto se centra en los recuerdos que se pueden establecer a partir de los *marcos sociales*, que son los encargados de ubicar *las coordenadas espacio-temporales* de las evocaciones múltiples que requieren contextualizarse para ser comprendidas y apropiadas, aunque no sean homogéneas conllevan a un punto crucial de encuentro en el relato, pero también de discrepancia según la diversidad del relato; al ubicarnos en un tiempo determinado la narración adquiere un entendimiento veraz, una forma de contar que también atiende a lugares, símbolos y signos que fundamentan los sucesos y por ende constituyen un factor importante para reconocer a los grupos sociales que emergen de ellos.

Un último punto, es el recuerdo colectivo, este también contribuye a generar *las identidades colectivas*, es decir, reactualizar el pasado que se aclara a partir de las tradiciones, de las cargas culturales e ideológicas, como experiencias que identifican grupos sociales, haciéndolos parte de la compenetración de sus vivencias en un tiempo y espacio retrospectivo que circunda en sus quehaceres y transcurrir diario.

Saben, debido a ello, que lo que les ha ido ocurriendo les ha sucedido juntos y que constituye su propia historia del mundo —esa que se puede contar predicándola de un “nosotros”—. Pero además saben que en ese pasado compartido, en ese conjunto de acontecimientos comunes, se muestra algo que persiste en el tiempo y se define a lo largo de él. Y se muestra algo que persiste por la evidente razón de que las sucesivas cosas que les han ido ocurriendo se refieren a ellos, al grupo, lo que lo presupone como algo ya constituido y persistente. El grupo accede así a una identidad que supera los estrechos márgenes del presente y ven la entropía del tiempo. Pero, a la vez esos sucesivos acontecimientos muestran lo que el grupo es, es decir, lo definen y tipifican tanto a él como a los miembros que lo forman. El grupo es, pues, lo que le ha ocurrido; en esos acontecimientos que contienen la claves por la que se autocomprende y es comprendido por los demás; su “historia” muestra su identidad y es, a la vez, su identidad. (Ramos, 1989, p. 76)

A partir de estos puntos de análisis que propone Ramos Torre sobre la obra de Maurice Halbwachs, es pertinente seguir encontrando el eje de coexistencia entre Mnemósine y Clío —memoria e historia—, pues ambas encuentran en el relato la confabulación propicia para mantener el recuerdo vivo de quien tiene que hablar a pesar de los olvidos o silencios voluntarios o inducidos (Pollak, 1989).

Elizabeth Jelin (2001) en su libro *Los trabajos de la memoria*¹, enfatiza en el hecho de poner a la persona y a la sociedad en un lugar activo y productivo mediante ejercicios

1 Este texto forma parte de la serie de libros *Memorias de la Represión* muestra los resultados de un programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina (RAP), generando avances teóricos y de investigación que contribuyen a enriquecer los debates sobre la naturaleza de las memorias en la región, su rol en la constitución de identidades colectivas y las consecuencias de las luchas por la memoria sobre las prácticas sociales y políticas en sociedades en transición.

—*de memoria*— de transformación social que generen desde diferentes perspectivas, actividades que propendan por la reflexión y el análisis crítico sobre situaciones o hechos que han ocurrido o siguen aconteciendo, y permiten al individuo y a la sociedad destacar procesos de empoderamiento con respecto a dichos sucesos.

Así mismo esta autora argentina resalta un concepto clave: *historizar* las memorias, puesto que sabe que existen cambios sustanciales en el sentido del pasado, lugares, tiempos, luchas políticas e ideológicas que han surgido desde las individualidades, pero que también han trascendido a los grupos y por ende a toda una nación; desde esta perspectiva, los trabajos de la memoria involucran recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos, hay en juego saberes pero también hay emociones, huecos y fracturas; existiendo quien rememora y olvida, puede ser un individuo o como parte de la memoria colectiva. Entonces al ser la memoria el recuerdo y la historia el registro, se puede establecer otra historia de las memorias o tal vez una memoria de las historias; apareciendo el cordón umbilical que ha unido desde el principio de los tiempos a Mnemósine y Clío, emerge como una luz en el umbral de todo relato colectivo que ha tenido que traspasar su propia existencia para convertirse en aquello que nombran algunos autores contemporáneos, la memoria histórica.

Esta memoria histórica no nace de la nada, por el contrario, tiene sus orígenes en el todo, se instala como un campo de estudio que confronta los aspectos más sustanciales de la memoria y de la historia. Llega como un punto de encuentro que no pretende discutir sino aclarar, que no se inscribe en momentos y sitios, sino que intenta explorar la magnitud de los acontecimientos en espacios y tiempos que logren concretar verazmente lo que ocurrió.

Su tarea no es fácil porque debe acogerse a eventos antiguos y nuevos, ser mediadora de los factores que han marcado a la humanidad y por ende recopilar lo primordial, recuperar aquello que algunos osan llamar verdad. Es una “memoria prestada de los acontecimientos del pasado que el sujeto no ha experimentado personalmente, y a la que llega por medio de documentos de diverso tipo” (Aguilar, 2008, p. 44). Por otro lado, Sampedro y Baer (2003) comentan:

El pasado, nos recuerda Halbwachs, se actualiza desde el presente y en este encuentra sus principios de selección, descripción e interpretación. Es decir que son las necesidades, los miedos y anhelos de una sociedad —las contingencias contemporáneas— los que reconfiguran y reformulan constantemente su memoria histórica. (párr. 3)

Zambrano y Gnecco (2000) hacen un aporte sustantivo al rol fundamental de la construcción social de la memoria y su relación con la historia, desde el campo de la dominación que ha sido fuertemente criticado por el campo de la discrepancia y la divergencia.

(...) Pluralidad de mundos imaginados en los que la memoria juega un papel determinante, no ya como un escape de las certezas cotidianas sino como características de nuevos proyectos sociales. Por eso las globalizaciones, modernas o posmodernas, no se traducen en homogenización histórica: lo global es traducido, comentado, anexado a prácticas locales en las que memoria y deseo juegan un papel central. Probablemente por esa sola razón —si es que no hubiese varias otras—. Las historias hegemónicas son activamente enfrentadas por una variedad de historias disidentes (...). Además, la memoria aparece como un espacio de construcción histórica (renovación, recreación) en proceso constante, inacabable. (pp. 16-18)

Es así como una historia de las memorias necesita tener reciprocidad, enmarcar sus palabras en una memoria histórica que propenda por reconocer la voz de quienes han rescatado del pasado su identidad a través del lenguaje, de la comunicación, de la narración que trasciende y de su permanencia, que registra y a su vez se nutre de marcos espaciotemporales, de experiencias alternas o pasadas que han dejado huella no solo en un lugar sino en diferentes territorios y momentos. Porque ser y hacer memoria es remitirse a ver el reflejo del pasado a partir del presente, que contribuye a saber e interpretar cómo han transcurrido y han quedado plasmados los sucesos no solo en un individuo o colectivo de personas, sino en toda una nación.

COLOMBIA, NACIÓN DE MEMORIAS

Al hablar de Colombia como una nación de memorias, es necesario aclarar que son varios los esfuerzos que han hecho organizaciones, grupos, editoriales y escritores por recuperar los acontecimientos que han marcado este país haciendo uso de la memoria, como un recurso para la investigación, obtención y reconstrucción de datos sobre el pasado, con miras a realizar un ejercicio, labor, o si se quiere llamar así, un trabajo de la memoria (Jelin, 2001), donde vivencias individuales y colectivas sean reconocidas según los acontecimientos conmemorativos y significativos que han marcado un hito en la historia de esta nación —para el caso específico de este trabajo, se aclara que la mirada es desde el conflicto interno colombiano que ha tenido como consecuencia la masacre como dispositivo de violencia—.

Durante varias décadas se ha venido realizando un proceso de *archivación* que ha tomado fuerza convirtiéndose en un sumario donde se construye el pasado, cobrando vida la investigación documental a través de tratados, documentos, historias de vida, relatos, entre otros sucesos y discursos, para que a la luz pública se conozca ese pasado, que es posible a partir del interés que se refleja desde el presente.

Dichos procesos de archivación, se han ido recopilando a través de los distintos informes del CNMH —Centro Nacional de Memoria Histórica— y del CMPR —Centro de Memoria, Paz y Reconciliación—, la base de datos *Rutas del conflicto* que recoge las masacres que se han perpetrado en Colombia desde 1982 hasta el año 2013, estableciendo una descripción detallada del número de víctimas, hechos ocurridos y zonas del país (departamentos) donde se efectuaron las masacres; el informe *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, en donde se hace un recuento de las dimensiones y modalidades de la violencia, los orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado, los impactos y daños causados por el conflicto armado en Colombia y las memorias de los sobrevivientes; el programa de televisión *Contravía*, que durante sus años de emisión analizó la problemática del conflicto interno colombiano, así mismo permitió que fueran los propios testigos quienes relataran las causas, consecuencias y formas como se cometían las masacres en diferentes zonas del país; documentales como *Impunity*, *No hubo tiempo para la tristeza*, *Los abrazos del río*, *Apuesta por la esperanza*, entre muchos otros, que han sido

instrumentos de recolección de información y de vínculos de comunicación en redes de trabajo que acopian múltiples formas de hacer memorias.

Sin embargo, para Pécaut (2013) el caso colombiano requiere una atención especial frente al tratamiento que se hace en cuanto a la memoria y la historia, en este caso denominado por dicho autor como *el relato histórico*:

A propósito del caso colombiano es que los fenómenos de la violencia, los de los años cincuenta o los de la fase reciente, no han dado lugar a un relato histórico ampliamente reconocido que pueda servir de soporte a la memoria. Más precisamente estimo, incluso, que se ha producido un corto circuito entre relato histórico y memoria. Lo que aparece como relato histórico reproduce relatos de memoria más o menos elaborados y pretende encontrar en ellos la prueba de su autenticidad. Recíprocamente, las memorias se modelan sobre los lugares comunes que subtienden el relato histórico, recogiendo fragmentos y tratando de integrarlos. (p. 176)

En la conferencia *Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible*², Pécaut utiliza el concepto de *vulgata histórica*, este recurso literario abordado por periodistas, líderes de opinión y ensayistas no permite diferenciar entre memoria y relato histórico estipulados según los criterios del conocimiento histórico. De esta manera se dejan espacios en blanco y continuamente se recrean huellas o recuerdos para llenar estos espacios, Pécaut (2013) se refiere en este aspecto a la memoria mítica, “donde múltiples huellas dejadas por acontecimientos históricos están presentes allí. Pero estas huellas discontinuas se separan por “espacios en blanco” y la memoria mítica se recrea continuamente para llenar esos espacios” (p. 180), sin tener en cuenta otros acontecimientos que llevan a conocer de forma veraz lo que ha ocurrido, desde perspectivas distintas, tanto desde la voz de quienes los han vivido como desde las voces de quienes se encargan de hacer procesos de archivación.

2 Conferencia pronunciada originalmente en Lima, en un coloquio organizado por el Institut Francais d'Etudes Andines y por el Instituto de Estudios Peruanos en septiembre de 2002. Apartes de este documento fueron presentados de nuevo en conferencia pública en la Universidad del Valle de Cali, en mayo de 2003. Traducción de Alberto Valencia Gutiérrez, profesor de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Pécaut apoya su tesis en la argumentación que hace Paul Ricoeur (2003) sobre la diferencia entre los relatos basados en la memoria y los relatos propiamente históricos, los primeros son diversos desde la perspectiva individual o colectiva y no corresponden a un tipo definido, mientras que los segundos son edificados desde un periodización que debe ser justificada, en donde se comprueba lo que se dice en torno a lo sucedido, unificando declaraciones sobre los acontecimientos que han ocurrido y por ende merecen ser recordados. Sin embargo, ambos conceptos deben llegar a un punto de convergencia en donde el uno se apoye en el otro, teniendo como referencia que los dos deben propender por ser lo más veraces posible, contando los hechos desde un campo ético, en donde la verdad prime, sin dejarse permear por la verosimilitud, es decir acomodando lo que se cuenta según los intereses mediados por el contexto.

De nuevo surge una pugna entre la memoria y la historia —relato histórico—, este entramando de significaciones se vuelve dual, por un lado, el registro permanente de Clío, por el otro, el recuerdo trascendental de Mnemosine. En un apartado anterior, se había abordado la postura del escritor Francés Pierre Nora, quien reflejaba la antonimia de estas categorías, aunque también se habían disipado dudas entre los aspectos necesarios para hacer una correlación entre memoria e historia. En Colombia, un país que presenta puntos distintos en cuanto a la memoria, la historia y por qué no decirlo la memoria histórica, la academia como eje de enseñanza-aprendizaje se vuelve fundamental, específicamente para el asunto que compete a este capítulo, la escuela, quien es la encargada de llevar consigo procesos de conocimiento y veracidad sobre los acontecimientos que han marcado este país.

Sin embargo, se evidencia que más que trabajos de la memoria —en palabras de Jelin— *la vulgata histórica* como lo dice Pécaut es muy recurrente en la escuela, las pinceladas efímeras de unos saberes próximos con respecto a lo que ha sucedido y sucede en el conflicto interno de Colombia se ha vuelto repetitivo, lleno de espacios en blanco que se convierten en los recuerdos que van a ser apropiados por educadores y educandos.

La trama histórica aparece como una serie de catástrofes. Se encuentra allí expresada una convicción compartida por la mayoría de los colombianos. No es raro por lo demás, que cuando estos intentan dar una visión de conjunto de su historia, se limitan a construir una lista de los personajes asesinados o muertos de manera dramática, de Rafael Uribe Uribe a Luis Carlos Galán pasando por Gaitán, Guadalupe Salcedo, Camilo Torres, sin considerar necesario siquiera establecer el contexto en cada caso. (Pécaut, 2013, p. 187)

Contextos que necesariamente la escuela debe comprender, aclarar y brindar, el rol de la escuela como agente de producción de conocimiento tendría que asumir su papel desde la investigación e indagación histórica, los educadores en la escuela entran a cumplir la función de los historiadores, pero de una clase de historiadores desde el aspecto pedagógico, deben ir más allá de *reconstruir* la historia, pues se sumergen en la complejidad de decir lo que realmente ocurrió, a partir de agentes sociales que incluyen procesos de interpretación, construcción y selección de datos, así como elección de estrategias narrativas que conlleven a la reconstrucción de la memoria histórica.

En contraposición a esta labor educativa que brinda el docente, me remito al caso de los libros de historia y actualmente de ciencias sociales de los diferentes grados de secundaria, que aportan una serie de datos históricos referenciando la forma como han transcurrido los acontecimientos en Colombia, en particular algunos que se establecen para determinados grados de enseñanza escolar, como octavo y noveno grado, presentando hechos que se deberían destacar durante esos cursos, sin embargo, son referentes muy superficiales que se enfocan en fechas, nombres de personajes importantes según el suceso referido, causas y consecuencias de determinados acontecimientos que se consideran importantes y que son impartidos según los lineamientos y estándares del MEN, sin tener en cuenta los contextos reales en los que se han desarrollado estos acontecimientos y las diversas problemáticas —para este caso el conflicto armado interno— que ha vivenciado Colombia a lo largo de varias décadas.

REFERENCIAS

- Aguilar, P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política: el caso español perspectiva comparada*. Madrid: Alianza.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Madrid: Editorial Anthropos.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno Editores.
- Lavabre, M. C. (1998). Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria. *Raison Présente*, 128, 47-56.
- Nora, P. (1984). Entre memoria e historia. La problemática de los lugares. *Les Lieux de Mémoire*, 17-42. París: Gallimard.
- Pécaut, D. (2013). *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta Editores E. U.
- Pollak, M. (1989). Memoria, olvido y silencio. *Revista Estudios Históricos*, 2(3), 3-15.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.
- Roussio, H. (2002). El estatuto del olvido. En F. Barret-Ducrocq (Ed.). *¿Por qué recordar?*, 87-91. Barcelona: Garnica.
- Sampedro, V., y Baer, A. (2003). El recuerdo como olvido y el pasado extranjero. Padres e hijos mediante la historia mediatizada. *Revista de Estudios de Juventud. Número especial: jóvenes, constitución y cultura democrática*, 93-108.
- Ramos Torres, R. (1989). Maurice Halbwachs y la memoria colectiva. *Revista de Occidente*, (100), 63-81.

Ven a mi mundo. (s.f.). *Mnemosina la diosa de la memoria*. Recuperado de <http://www.venamimundo.com/Apuntes/Mnemosina.html>

Zambrano, M., y Gnecco, C. (2000). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.